

COOPERACIÓN EN UN MUNDO DE TENSIONES*

WILLY BRANDT

ES PARA MÍ un honor hablar ante ustedes. Agradezco sinceramente la oportunidad, porque termino hoy un viaje de tres semanas por América hispánica, y me gustaría hacer en esta ocasión un resumen. Mis conclusiones son provisionales en algunos aspectos, pero en otros están ya bastante claras.

En todas partes (no pretendo rehacer el camino de mis visitas) encontramos hospitalidad y cálida acogida. Doy las gracias por la que recibimos en México. Cuando suba al avión esta noche llevaré conmigo buenos recuerdos de una visita incomparable, y dejaré mis mejores deseos para el futuro de este continente.

Debo confesar que estoy muy preocupado, porque los peligros, en muchos aspectos, son tan grandes como me temía al comenzar el viaje. Hay, sin embargo, esperanzas.

La paz está en el aire, dije en Managua. Participé allí, con un modesto papel, en la organización de las primeras conferencias políticas entre los salvadoreños. Espero sinceramente que no se desvanezca esa perspectiva de paz a causa de una actitud injusta e injustificable —la intervención extranjera, por ejemplo.

Intentaré resumir mis impresiones sobre América del Sur, donde estuve al iniciar el viaje. Me referiré a la situación económica, en especial a la deuda externa, que, en mi opinión, no tiene solución en breve plazo. Hablaré también de la difícil situación de América Central, del importante papel que México desempeña en esa circunstancia, y presentaré —en la medida de lo posible— una perspectiva más amplia para la paz y el futuro del mundo. Ciertamente tipo de verdades y opiniones deben repetirse con frecuencia, porque la repetición no las invalida.

I

Me sorprendió el progreso de la democracia —o su renacimiento— en América del Sur. Aunque débil y muy necesitada de apoyo, la democracia está vol-

* Conferencia leída en El Colegio de México el 10. de agosto de 1984. Traducción de Martha Elena Venier.

viendo en algunos países. Y allí donde impera aún la tiranía, no será por mucho tiempo. Es alentador poder comprobar estos cambios; según dice el proverbio chino, “es mejor verlo una vez que oírlo cien veces”.

Me alegra que vuelva y se difunda la democracia, pero necesita nuestro apoyo moral y económico. Si no lo hacemos así, pueden volverse realidad los temores de Raúl Alfonsín. Cuando hablé con él, me dijo: “Nos da gusto que hoy traiga flores para la democracia; ojalá no traiga coronas para las tumbas de nuestras democracias la próxima vez”.

Es necesario, pues, hacer todos los esfuerzos posibles para apoyar el proceso democrático. Es evidente que, a causa de diversas presiones sobre los gobiernos, es importantísimo atender y dar solución a los problemas económicos y sociales, razón por la cual debemos hablar sobre deuda y democracia.

La deuda no puede resolverse en aislamiento, y por eso debemos referirnos al comercio y al proteccionismo, a la asistencia económica y a la cooperación, a los precios de bienes y servicios y a la inversión. Debemos advertir dos cosas en especial (el más convencido de esto —aunque sorprenda a muchos— es Fidel Castro con quien hablé en La Habana): una de ellas es que el dinero no es suficiente y en algunos casos ni siquiera necesario. Lo verdaderamente importante es la gente —su espíritu y su actitud. Así lo dijimos en el primer informe de la Comisión que presidí. En verdad, la mayor contribución al desarrollo debe surgir de la gente a quien concierne.

Pero, ¿qué significa esto en la práctica?, ¿cuál es el límite?, ¿hasta qué extremos puede llegar el esfuerzo que debemos esperar de un país? Con frecuencia los países reciben, en vez de ayuda, buenos consejos, y se habla mucho de alternativas que, en mi opinión, son falsas y engañosas. Dicho con sencillez, no se trata de escoger entre ayuda extranjera o esfuerzo interno, ya que ambos son necesarios. Se necesita ordenar la economía de los países, pero es menester también reformar la economía internacional y las relaciones financieras. Y, a propósito, ese llamado para conseguir mejores políticas económicas se hace tanto a los países industriales cuanto a los que están en desarrollo. En gran medida, la mala administración del llamado “Norte” es responsable de los daños que padece la economía mundial. Iberoamérica y Europa están financiando ahora la economía más rica y poderosa del mundo, algo así como hacer una transfusión de paciente a médico. Eso es absurdo, y no puede durar. Admitiré que al principio, y por breve tiempo, la pérdida de sangre produce una sensación agradable, pero es inevitable que llegue al fin la debilidad.

El segundo punto que debemos tener en cuenta es que la distribución del ingreso, aun en países pobres, tiene enorme importancia, y la mayoría de los países hispánicos de América no son pobres. Si con el proceso democrático se consigue mejor distribución del ingreso, la democracia se fortalecerá.

Luego están las diferencias, cada vez mayores, que separan a los países industriales de los que están en desarrollo, en especial los menos favorecidos, como la mayoría de los africanos. Creo que se siente, cada vez más, que esta situación puede traer —más allá del mero reto a nuestra responsabilidad moral— serio peligro para la paz mundial. Dos veces en mi vida he sido testi-

go del hambre que causa la guerra. Hoy no podemos descartar la posibilidad de que estalle una guerra a causa del hambre y la miseria.

II

La situación actual es sobrecogedora porque muchos son aún incapaces de reconocer el signo de los tiempos en el mundo en desarrollo, a la vez que tenemos problemas cuya naturaleza desconocíamos hace diez años. Las crisis regionales, por ejemplo, no son parte del conflicto Este-Oeste, pero podrían alcanzar dimensiones internacionales. La guerra del Golfo [Pérsico] —para referirme a un solo caso— es aterradora porque se usan armas de las dos superpotencias, pero ninguna de ellas es capaz, al parecer, de controlar la situación. Lo mismo ocurre en otras áreas.

Nadie prestó mucha atención a las advertencias que hicimos en los informes de la Comisión Independiente sobre el Desarrollo Internacional, y se nos acusó de pesimistas. Pero no me abandonó la esperanza, ni debemos permitir que nos abandone, aun cuando las circunstancias sean adversas.

Los hechos son éstos: hay una deuda global que amenaza el futuro de países, continentes y de todo el sistema financiero internacional. Sé que es muy grave la crisis provocada por la deuda en los países de América, pero, de hecho, nos amenaza a todos. Por eso me parece desafortunado e irresponsable que se haya dado la llamada por respuesta a las recomendaciones que hace poco tiempo presentaron once países de América en la reunión de Mar del Plata. Espero, sinceramente, que esa reunión sea un primer paso, y se prosiga en la búsqueda de una política en común.

La crisis —producto de la deuda— no afecta sólo a un grupo de naciones: existe en y entre los países. No es un fenómeno aislado, y no es, sin duda, problema exclusivo de América Latina. En los últimos años es problema de todo el mundo. En países pequeños y grandes, desarrollados o en desarrollo, del norte y del sur, del este y del oeste, en todos hubo enorme aumento de la deuda pública —interna en países industrializados, externa en los no desarrollados y en los de Oriente.

También el hambre amenaza la vida de millones de personas. Y en esta crisis, las naciones ricas, una vez más, no están a la altura de las circunstancias. Hace años se advirtió, se escribieron informes y se hicieron propuestas para organizar la acción práctica. Pero por razones que me cuesta aceptar, los países desarrollados se negaron a colaborar con un programa especial para África propuesto por el Banco Mundial. Ahora, por fin, han cambiado de opinión, y han pedido a este organismo que estudie la forma de reunir los dos mil millones de dólares que se necesitan. Pero, ¿qué sentido tiene, si los que pueden donar más capital parecen tener aún dudas?

Hace poco tiempo se limitaron los fondos de la Agencia Internacional de Desarrollo a nueve mil millones de dólares, cantidad a todas luces insuficiente. ¿Cómo armonizar esas dos decisiones? ¿Por qué se necesitan más estudios?

La lentitud de los trámites en momentos de crisis es deprimente.

Por sobre todo está la seguridad y la veloz carrera armamentista de las naciones poderosas en especial, aunque otras han aumentado también su presupuesto de defensa. La magnitud del gasto militar es alucinante: un millón de millones de marcos anuales en el mundo. Me parece obsceno. Tengo serias dudas de que cuando alguien, quizá por accidente, tire del gatillo, se pueda razonar en términos políticos o se pueda tomar decisiones que guíen el curso de los acontecimientos. Eso es aterrador.

Por lo demás, se percibe mejor la relación entre diversas cuestiones, lo que podría permitirnos, quizá con nueva perspectiva, asociar los problemas del desarme con los del desarrollo. Quizá sería posible, entonces, al tiempo que se reduce el gasto militar en el mundo, aumentar los fondos para el desarrollo. No tengo dudas al respecto. Creo que una apertura en ambos frentes es la única manera de financiar las tremendas necesidades del futuro.

No es casual que algunos presidentes de América hayan participado recientemente en dos reuniones: la "Iniciativa de paz de los cuatro continentes" y la de Mar de Plata sobre la deuda; ambas tienen mi apoyo total. Puedo informar también que la Internacional Socialista (vengo de Río de Janeiro donde tuvimos una reunión muy importante) favorece esas iniciativas.

A pesar de que se llegó a ciertos acuerdos positivos, me desilusionaron los resultados de la última reunión anual que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial tuvieron en Washington. Esos acuerdos no son la respuesta a la magnitud de la crisis actual. Necesitamos ahora decisiones políticas importantes sobre la deuda, el desarrollo y el desarme. Se nos acaba el tiempo, y cada día cuenta.

Me niego a perder la esperanza. Me niego a aceptar que no podemos avanzar en esas áreas. Creo firmemente que el progreso no empieza con acusaciones, sino con nuestro esfuerzo y nuestro apoyo, procurando en especial comprender mejor la situación, elaborando y poniendo en práctica mejores políticas.

En mi opinión, es necesario actuar rápidamente en cuatro puntos: acuerdo sobre tasas de interés, que deben reducirse primero, y establecer luego un límite razonable; aplazar la deuda contraída por los países más pobres; restaurar la proporción —tradicionalmente aceptada— en el servicio de la deuda (un por ciento máximo de los ingresos de exportación para el pago de ese servicio); introducir algún tipo de cláusula, para que los programas de ajuste no lleguen a estrangular la economía ni reduzcan en exceso el nivel mínimo de vida. Todos esos objetivos pueden, técnicamente, lograrse, pero los gobiernos deben estar de acuerdo en ello.

III

América Central merece atención especial. A muchos interesa lo que está ocurriendo allí. En lo que hace al análisis de los orígenes del conflicto, coincido con el informe Kissinger, en que son de naturaleza social y económica. Por

lo tanto, esos problemas no pueden solucionarse con la fuerza o el ejército.

En nuestro primer informe de 1980 dijimos: "La participación de las que llamamos grandes potencias —las nucleares en especial— en los conflictos de otros continentes, implica el riesgo de aumentar esos conflictos. Nos sumamos a quienes aconsejan no intervenir. Indudablemente, no hay solución militar posible. . . y la evidente falta de respeto por la legislación internacional y normas de conducta no ayudará a solucionar disputas bilaterales ni problemas multilaterales." Insistiré en los principios elementales que deben aceptarse universalmente: no intervención, no discriminación y autodeterminación.

Lo que vemos en América Central es parte de un juego cínico, un juego del poder contra el deseo manifiesto del pueblo que anhela paz. Impresionante muestra de ese anhelo fue la multitud que se reunió hace algunos días en La Palma, para expresar su alegría y su deseo de paz.

Y en el otro extremo, qué cinismo el de los gobiernos ajenos a América Central, que actúan sin recato en favor de sus intereses. Califican de farsa las elecciones en Nicaragua y consideran que fueron limpias las de El Salvador, aun cuando en esas elecciones sólo el grupo más conservador compitió con el presidente Duarte.

Creo que necesitamos más equidad en los juicios. Por algún tiempo, las elecciones en América Central no serán como las de Suiza. ¿Acaso podría ser de otra manera? Pero, por favor, no permitamos que se destruyan. Apoyemos a Contadora, como lo han hecho los ministros de relaciones exteriores en su reunión de Costa Rica. Podemos decir, creo, que un día más de Contadora significa un día menos de guerra. Es necesario menguar las presiones que se ejercen sobre estos países, y dejar que ellos decidan el camino a seguir. El anticuado concepto del bueno y el malo de nada sirve.

El tema principal de la guerra fría desde 1950 ha sido la disputa entre Estados Unidos y la Unión Soviética por el control del Tercer Mundo, término éste acuñado por Alfred Sauvy en 1952 aludiendo a la Revolución Francesa ("porque este tercer mundo ignorado, explotado y despreciado, tal como el Tercer Estado antes de la Revolución, querría también llegar a ser algo," escribió Sauvy en *L'Observateur*, el 14 de agosto de 1952).

¿Qué es esa guerra? ¿Es la lucha de sistemas económicos?, ¿del poder y la hegemonía?, ¿la comenzó Estados Unidos preventiva o agresivamente?, ¿es en realidad consecuencia de la ideología rusa de 1917 o producto de la manipulación inteligente de la propaganda rusa de los resentimientos y envidias que provocó la caída del viejo imperio?, ¿o existe acaso una ley, según la cual la industrialización vuelve agresivos a todos los pueblos, excepción hecha, quizá, de Estados Unidos?

Este conflicto tiene más de treinta años. Sus dimensiones poseen todas las características de las antiguas luchas por influir, aun cuando se les adorne con lenguaje nuevo y se les dé nueva imagen, por la enorme capacidad destructiva de las armas que tienen a su disposición las dos grandes potencias. Recordemos Hiroshima y Nagasaki. Japón fue campo de pruebas de las nuevas armas; aquello, dicen testigos oculares, era el infierno. . .

Las naciones aumentan sus presupuestos militares, aumenta el comercio mundial de armas. A la sombra del arsenal nuclear, brotan, acaban o se perpetúan innumerables pequeñas guerras. En la Unión Soviética y Estados Unidos el ejército y la industria militar son más modernos y poderosos que nunca.

Aún así, es difícil creer que esta situación perdure o que el estancamiento y control a base de la amenaza nuclear sean eternos. Si continúa este estado de cosas, se necesitarán sobre todo estadistas con mucho valor e imaginación para conservar el equilibrio. Y por lo que parece, muchos líderes políticos de la actualidad están mal preparados y quizá peor dispuestos de lo que alguna vez estuvieron sus predecesores.

La destrucción puede llegar a cualquier parte del globo en menos tiempo de lo que la policía tarda en responder a una llamada local. Cada rincón de la tierra está más cerca de lo que hace cincuenta años estaba una ciudad europea mediana de su capital. Pero la unidad sin la conquista por medio de la represión es tan remota como ésta es indeseable. En pocas palabras, las circunstancias actuales no tienen parangón. Nunca antes el poder se había concentrado de manera tan singular, y nunca los poderosos habían sido tan impotentes para establecer orden en el mundo.

No han desaparecido las limitaciones de la burocracia ni la desconfianza en la opinión externa; aún se cree demasiado en la sabiduría de los expertos. Por lo demás, pensar sólo en el peligro que representa el adversario conduce a descuidar el peligro común. Los líderes a veces aún dejan a otros el esfuerzo de entender, tarea que debería ser de su competencia. Y no comprender, en esta era nuclear que nos tocó vivir, puede ser la más tremenda abdicación intelectual y la mayor locura.

Al renovarse la guerra fría entre las superpotencias, las señales de buena voluntad y de intenciones amistosas son signos positivos, pero no respuesta suficiente al reto de nuestros tiempos. Necesitamos en todos los Estados y sistemas una política coherente, un movimiento de fuerza y voluntad en la teoría y en la práctica para planear, instrumentar, fortalecer la paz mundial y hacerla indestructible.

Significa esto que continuar la política de poder en la mesa de negociaciones —o las negociaciones como disfraz político y psicológico para aumentar la escalada armamentista— no puede llevarnos a la limitación de armas, ni siquiera a conseguir una prohibición de la prueba de artefactos. Los que creen en el aumento ilimitado de la fuerza son ciegos para comprender la nueva situación que estamos viviendo.

Otro principio valioso es la no intervención, no sólo bueno en sí, sino elemental en cuanto razón política. Podemos probar que la moderación es una actitud mucho más eficaz de lo que sus muchos críticos intentan hacernos creer.

Otro elemento de la política progresista es la compleja relación entre desarrollo y desarrollo, referida en especial a las naciones pobres del mundo. Es obvio que el gasto militar (como dije antes, es casi de un millón de millones de marcos) impide invertir en otros sectores productivos.

Un análisis más detallado no dará resultados diferentes. Pero aún necesi-

tamos respuestas. Debe analizarse más el lado económico de la carrera armamentista, su influencia estabilizadora o desestabilizadora en los sistemas económicos, y en la velocidad, dimensión y carácter del avance tecnológico. Si el análisis muestra lo que, en razón de nuestro conocimiento actual, podemos esperar, nos dará nuevos argumentos para apoyar la limitación de armas, el desarme y la organización de la seguridad con menos armamento.

El nuevo concepto de seguridad puede basarse sólo en un mundo completamente diferente, que no trate de conseguir la paz a costa del enemigo, sino junto con él. Se necesita el esfuerzo conjunto para lograr la "seguridad común" (título éste de un informe sobre la Independent Commission on International Security and Disarmament, que presidió Olof Palme, Primer Ministro de Suecia). Es necesario repensar, dejar viejos conceptos, ya que, al parecer, va contra cualquier experiencia que debamos pensar ahora en la seguridad *con* y no *contra* el adversario. Quizá no sea casual que la idea haya surgido en una Alemania dividida.

Si hubiera un conflicto armado, desaparecería la República Federal y lo mismo ocurriría con Alemania del Este. "Unidos pereceremos" jamás ha sido nuestra perspectiva de la unidad alemana. Como alemán, puedo decir que sin paz no hay futuro para mi país. La afirmación puede sonar poco sutil, pero la seguridad de Alemania del Este es seguridad para Alemania Federal y viceversa. Lo mismo vale para Francia y Polonia, Dinamarca y Hungría. Es cierto también para Estados Unidos y la Unión Soviética, para ésta y China, Argentina y Chile u otros países de este continente (de eso saben ustedes más que yo).

La "destrucción mutuamente garantizada"* elimina toda esperanza de victoria total para las superpotencias. Cualquier intento de alterar ese hecho por medio del desarrollo unilateral de nuevas armas altera también la seguridad de las naciones. Por esta razón, mis amigos europeos están en contra de quienquiera que aspire a la superioridad o hegemonía militar, que consideramos peligrosa. Me refiero también a la ilusión de una de esas naciones poderosas de conseguir invulnerabilidad con un sistema de defensa espacial. La otra superpotencia difícilmente querría ser vulnerable.

Sabemos muy bien qué difícil es para Estados Unidos —y lo digo como amigo que soy de ese país y de su pueblo— aceptar la idea de la seguridad común como principio elemental. Sabemos también cuán difícil es para la Unión Soviética dejar la idea de una "guerra justa" (o lo que considere que eso significa). Pero ambas cosas son imprescindibles. Si la humanidad no puede controlar las fuerzas que creó y que pueden ser causa de su destrucción, perecerá, sin duda.

Dejemos ya ese criterio que se remonta, por lo menos, a los tiempos del Imperio Romano: *si vis pacem, para belleum*, "si quieres la paz, prepara la guerra", cuyo sentido estrecho carece ya de verdad. El cambio es, sin duda, total y esencial. O lo entendemos o la humanidad no sobrevivirá.

* Las iniciales de Mutally Assured Destruction componen en inglés la sigla MAD.

IV

Las alternativas y oportunidades de Europa dependen, naturalmente, de su peso e influencia. Aparte de hechos concretos como la dependencia de las importaciones o el tamaño de nuestros mercados, la percepción subjetiva de las circunstancias actuales y de nuestro papel señalan nuestra influencia y elección de políticas.

Por largo tiempo Europa se negó a aceptar un nuevo papel que acordaría más con su actual influencia en la economía mundial y con el polarizado mundo de nuestros días. Creo que es tiempo de cambiar nuestra actitud. Es tiempo de que empecemos a hablar como una sola voz. Creo sinceramente que Europa debe estar lista para tratar con quienes, en otras regiones del mundo, desean tomar la iniciativa en cuestiones específicas. Naturalmente, debería permitirse a otras naciones compartir la administración, los beneficios y el peso de acuerdos o regímenes internacionales cuando depongan su actitud opositora y acepten las nuevas condiciones. Así pues, los acuerdos deberán ser flexibles y abiertos a cambios.

¿Por qué no podría Europa —la parte occidental, por el momento—, con el concurso de otras naciones, instrumentar propuestas que se han discutido durante tanto tiempo? La agencia de energía que se ha propuesto, para mencionar un caso; o el financiamiento adicional para la ADI, en beneficio de los países más pobres, aun cuando Estados Unidos no esté listo para actuar (a propósito, los países en desarrollo que están en mejores condiciones —México entre ellos— contribuyen también a la ADI. Estuvieron listos para participar. Quiero hacer público mi agradecimiento al presidente De la Madrid por el apoyo que nos da su gobierno); o esforzarse por mejorar la coordinación de la ayuda, por tanto tiempo relegada; o comprometerse sinceramente en favor de la acción multilateral y apoyar a las instituciones adecuadas. Pero todo esto parecería aún demasiado técnico para conmover ampliamente la opinión pública. Por ello intento persuadir a la gente que deberíamos organizar una gran campaña no sólo para ayudar a los que padecen hambre, sino para mejorar nuestras relaciones con el Tercer Mundo.

Deberíamos comenzar mejorando o quizá reestructurando el sistema monetario y financiero internacional, que está tan desorganizado. Espero que haya respuestas positivas al llamado para realizar conversaciones en las altas esferas políticas. Debemos acudir también a profesionistas, diplomáticos, académicos, empresarios y especialistas en comunicación. Sin embargo, no podemos confiar sólo en sus habilidades. La fuerza moral de mucha gente debe apoyar el desarrollo de una política que merezca ese nombre. Al mismo tiempo, no podemos negar que los dictados de la moral y la razón tienen, a pesar de su importancia, un efecto limitado. No se hace historia con resoluciones y llamados, porque los grupos privilegiados pocas veces han cambiado voluntariamente su actitud.

A más de una larga serie de pequeños pasos inmediatos que ayudarían a mejorar las relaciones Norte-Sur, y en los que Europa e Iberoamérica podrían

estar a la vanguardia, están las tareas de largo plazo tantas veces manifiestas. Una de esas grandes empresas responde a las palabras clave "Bretton Woods". Necesitamos un nuevo Bretton Woods, de eso estoy seguro. Incluso el Departamento del Tesoro de Estados Unidos parece volverse en esa dirección.

Para que esa propuesta tenga alguna oportunidad, es imprescindible la cooperación internacional creadora. En nuestro primer informe recomendamos una cumbre Norte-Sur. Hace tres años hubo en Cancún una reunión de esa naturaleza, cuyos resultados todos conocen. No estaría de más intentarlo otra vez.

Todos los buenos propósitos se diluirán si no podemos crear un tipo de cooperación y entendimiento sencillo y serio entre Norte y Sur (del que Raúl Prebisch habló hace veinte años), sobre todo entre aquéllos del Norte y del Sur cuyo pensamiento parece al menos más avanzado que el de esos aterradores, añejos (¿debería decir reaccionarios?) conservadores de todo el mundo, para quienes las medicinas de ayer sirven para los males de hoy.

Me agrada saber que en las Naciones Unidas se cree en la posibilidad de avanzar en negociaciones globales. Hay, al parecer, cierto progreso en los procedimientos, que son importantes, como todos sabemos. Aprecio el esfuerzo y desempeño de México en ese sentido.

Aún no se entiende bien, en mi parte del mundo al menos, cuando se habla de un nuevo orden económico internacional. En Europa y en otras partes, muchos se niegan a reconocer el peligro y la bomba de tiempo que nos amenazará si no conseguimos una solución negociada para lo que se ha dado en llamar la lucha internacional por la distribución del ingreso. Es evidente que los países en desarrollo no están en condiciones de financiar la enorme inversión requerida para el tránsito al futuro con una población de diez mil millones o más. No creo necesario discutir aquí problemas de población, pero quiero señalar lo que dijo nuestra Comisión a este propósito: "Necesitamos planeación familiar más amplia y eficaz. Pero la experiencia nos dice que esa planeación no tiene éxito si no se acompaña con el desarrollo comunitario, la educación, oportunidades de sobrevivencia para bebés y niños, mejores condiciones para la mujer y otros adelantos que necesitan del progreso económico y social. Las medidas que se toman para solucionar la pobreza, el hambre y la insalubridad es contribución elemental para controlar el excesivo crecimiento de la población. En última instancia, sólo el desarrollo proporcionará el ambiente más adecuado para estabilizar la población mundial en niveles tolerables. Todos los países tienen interés en crear este ambiente" (Norte-Sur, pp. 107 s).

Para administrar el tránsito hacia el futuro, debemos invertir enormes cantidades en muchas áreas, en energía sobre todo. Si no podemos relocalizar en usos productivos por lo menos ciertos fondos destinados a presupuestos militares, ese tránsito será imposible.

No creo que la solución se halle en una especie de gobierno mundial. Y me temo que pasará mucho tiempo antes de que tengamos un banco central internacional (o un FMI con fuerza suficiente para desempeñar el papel). Antes bien, necesitaremos desarrollar más responsabilidades regionales (a más

de la descentralización regional), y mejor entendimiento de la interdependencia global.

Repetiré algo que dije en Buenos Aires: creo que en la actualidad, Europa podría financiar el desarrollo de Iberoamérica. Pienso que este es el momento para que Europa pague su tributo, para que honre su deuda con la democracia, en vez de permitir que la deuda se convierta en otro golpe de muerte para la democracia latinoamericana. A mi modo de ver, este gran continente tiene todos los recursos humanos y naturales necesarios; su pueblo clama por la democracia que empieza a asomar en algunos países. Es tiempo de que Europa acepte el reto.

Hay diferencias en el Tercer Mundo: las condiciones no son las mismas en África, Asia y América. Hagámosles frente; hagámonos cargo de un programa de emergencia para África, que, estoy seguro, apoyarán países como México. Apoyemos programas de desarrollo en otras regiones cuando tengamos la esperanza de que las condiciones importantes no los estorbarán. No perdamos esta gran oportunidad que tienen Europa y América latina. Es tiempo de actuar. Los consejos son insuficientes.

Compartamos el peso de la deuda y del reajuste, y cambiemos el curso de la marea. Dejemos de adular los ideales de democracia y libre comercio; abramos el camino del futuro para el desarrollo y la democracia. Eso significará la paz.

Tenemos los medios, tenemos el talento. Puede hacerse si aceptamos el reto. Necesitamos decisión política, voluntad política. Las preguntas técnicas pueden contestarse fácilmente. Incluso contamos con las instituciones, aun cuando estén en embrión. El SELA podría ser en América lo que la OECD es para Europa. Necesitamos acción rápida antes que largas negociaciones. Deberíamos hablar de miles de millones, no de millones de dólares. Debemos tratar las grandes cuestiones económicas, políticas y sociales en vez de discutir sobre objetivos comerciales menores o pequeñas ventajas nacionales.

Europa es bastante rica. Debe usar más su riqueza en favor de la paz, que no se conseguirá con la producción de más armas. Debemos apoyar el desarrollo de manera más generosa, porque desarrollo es sinónimo de paz —según me dijo, y con razón, Pablo VI cuando nos reunimos hace varios años.

Las decisiones que tomemos en esas áreas y la acción consecuente son importantes y urgentes. No tenemos ya ni tiempo ni posibilidad de elegir: debemos hacer frente a la aterradora verdad de las circunstancias actuales (en este mismo instante hay gente que sufre, que padece hambre; cada minuto y cada día son más los que mueren de inanición o de una enfermedad que pudo haberse curado). Debemos reconocer que se despilfarra inútilmente, de manera criminal, enorme cantidad de recursos. Es necesario detener el desperdicio, producto de una política económica descarriada.

Debemos entender, no obstante —como decíamos en nuestro primer informe (Norte-Sur, p 285)—, que “en cualquier ataque contra la pobreza mundial, las reformas sociales y económicas en los países no industrializados deben ser complemento del papel crítico que en el desarrollo interno desempe-

ña el ambiente externo que es necesario mejorar.”

Tenemos los instrumentos para superar la crisis actual. Somos capaces de solucionar los conflictos con negociaciones y de hacer un mundo mejor para todos. Creo que estamos obligados a ello.